

L. Frau
Hablando con Blasco Ibáñez
(*El Mundo* [Puerto Rico], 31-12-1919)

Don Vicente Blasco Ibáñez vive actualmente en el piso décimo séptimo del hotel Belmont. En el cuarto número 851 ¡Una pequeña alcoba, de sencillo mensaje, que el señor Blasco ocupa muy a disgusto, pues jamás le sirven a tiempo el agua fría que solicita...!

Hablé cuatro veces con el señor Blasco Ibáñez. ¡Siempre le vi suspirando por un poco de *ice water*!

—Es que me canso de pedirla. ¡Y nada...!

Estuve a punto de preguntarle al quejoso orador: «Y ¿da usted propinas...?» Pero lleno de respeto y de cortedad, me limité a sonreír con tristeza, infinitamente apesadumbrado.

Vicente Blasco Ibáñez, que nació el 29 de enero de 1867, es un orador infatigable. Habla, de noche, en público. Perora, de día, sin descanso ¡Es natural que se le seque mucho la garganta!

Yo visité cuatro veces distintas al señor Blasco Ibáñez. El autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* —novela vertida al inglés por la librería Dutton— vino a Nueva York para exhibirse en público. *Los cuatro jinetes* han cubierto, en poco tiempo, una gran jornada. Pasan a estas horas de dos mil millones los volúmenes vendidos. Blasco Ibáñez —negociante en política, en tierras, en literatura— se ha apresurado a salvar con este viajecito un error muy sensible. Blasco Ibáñez vendió en París *Los cuatro jinetes* por la ridícula suma de cinco mil francos. Las conferencias norteamericanas y otros excesos le han dado ya al gran hombre de negocios sesenta mil pesos de utilidad. El editor Dutton —que tiene, por lo visto, conciencia— le acaba de hacer un regalo de doscientas mil pesetas.

Blasco Ibáñez —al día siguiente— me habló de sus grandezas.

—¡Yo no soy un pobrete! Yo tengo casa en París, casa en Madrid, casa en Niza. Soy dueño de algunas tierras en la Argentina ¡y sé lo que es un automóvil propio!

Hubo una pausa. Y luego gritó el señor Blasco:

—Suárez, agua.

El señor Suárez es en Puerto Rico un inspector de escuela. Aquí funge de secretario particular del señor Blasco Ibáñez. Es suave, bajito, rechoncho, gelatinoso

—Suárez, agua.

—No hay agua. Hace dos horas que la pedí.

—Nunca hay agua aquí. ¡No hay nada! El servicio es detestable.

—Y ¿cuánto paga usted, aquí, por este cuarto...?

El señor Suárez, que es un secretario muy expansivo, exclama:

—¡Le cargan ocho dólares por día!

—Y ya ve usted —agrega Blasco—, no tengo ni un salón de recibo. ¡Hasta me da vergüenza!

Blasco Ibáñez, abogado, escritor, tumultuario, político, duelista y literato, fundó en 1891 el diario *El Pueblo* y fue diputado a Cortes seis veces consecutivas; pero desde el año de 1909 vive dedicado en cuerpo y alma a la novela y a los viajes de negocio. Su *tournee* por la Argentina —efectuada en 1910— le valió más de un millón de pesos. Los Estados Unidos tal vez le produzcan ahora el doble.

En esta república de Norteamérica todo el mundo admira a Blasco Ibáñez. Las actrices tienen a gala que las retraten con él. Los empresarios de cine le adulan. Los millonarios le invitan a comer. Y los mismos financieros de Wall Street le pasan la mano. Don Vicente Blasco Ibáñez —tiene un talento práctico muy grande y una audacia sin límites— le ha prometido a esos banqueros arreglarles —apenas sus conferencias se lo permitan— el problema de la frontera de México.

Sus conferencias han obtenido aquí un éxito loco. La *réclame*, muy bien encauzada, agota en taquilla las localidades. Este pueblo es muy novelero. Se apretuja en los pasillos por ver a Dempsey, el boxeador. Acude al Metropolitan, para admirar al Rey Alberto. Y paga ahora dos pesos por oír la voz ronca de Blasco Ibáñez. Este diserta en español. ¡Nadie lo entiende! Pero... ¡el público sale encantado del teatro! Ha oído a Blasco Ibáñez.; ha visto a Blasco Ibáñez. ¡Estuvo codo a codo con el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis!*

Yo que entiendo bastante bien el español, no he asistido a ninguna de esas conferencias. Blasco Ibáñez, orador de barricada —que se liaba a golpes en las calles de Valencia con Rodrigo Soriano—; Blasco Ibáñez, tribuno; Blasco Ibáñez, conferencista ambulante ¡me interesan muy poco! El autor admirable de *Flor de mayo*, gran poeta, gran psicólogo, gran artista, tiene en cambio todas mis simpatías, todo mi afecto y toda mi admiración. Blasco Ibáñez es hoy famoso por *La barraca*, por *Cañas y barro*, por *Arroz y tartana*. Y también por estos *Cuatro jinetes* que le han llevado al través de Norteamérica y en un galope febril al triunfo y a la gloria.

—¿Cuál es el objeto de este viaje suyo? —le hemos preguntado a Blasco Ibáñez.

—Conocer este país.

—¿Qué le parece a usted Nueva York?

—¡Hay mucho que contar! Ya lo diré todo en una novela que tengo medio planeada. Yo proyecto escribirla de modo que la primera parte de esta novela se desarrolle en Cuba. La Habana, por ejemplo. Por eso desearía ir a Cuba.

—Sí, Blasco, pero...

—No me interrumpa usted porque entonces no voy a acabar nunca. ¡Usted ve, me ahogo!

—Y está usted ronco, además.

—Eso es ahora, en privado. En público, como grito, desaparece esta ronquera. Suárez, tráigame usted el pulverizador.

Y el insigne novelista abrió la boca cuánto pudo, y se introdujo casi hasta la laringe un tubo de goma.

—Tengo la garganta destrozada.

El buen éxito de *Los cuatro jinetes* decidió al editor Dutton. Toda la obra de Blasco Ibáñez está siendo traducida al inglés. Son millones y millones de volúmenes. Para facilitar la venta de esas millonadas de libros ha venido Blasco Ibáñez a América. Las conferencias son una parte de la propaganda. Blasco Ibáñez, además, escribe cuentos, hilvana películas, bosqueja novelas.

—El *Chicago Tribune* —dice Blasco Ibáñez— me ha pedido tres cuentos. ¡He aquí el cheque! Es un cheque de cinco mil duros. El *Saturday Evening Post* me ofrece tres. Mil dólares por una página. El diario *New York American* acaba de pagarme veinticuatro mil pesos por un simple permiso, El *New York American* va a publicar en folletín mi nueva novela *Los enemigos de la mujer*. Nunca supuse que valiese tanto una autorización... Además, Mr. Barrymore está «montando» una obra de gran aparato: *Sangre y arena*. No sé quien le pondrá la música. Esta opereta debe estrenarse en noviembre de 1920. Y hay media docena de directores de firmas de cinematógrafos que no me dejan vivir. Después de llevar al film *La catedral*, *La bodega* y *Los cuatro jinetes*, quieren que yo les redacte una película de episodios. En eso estoy.

—Y le oído decir, Blasco, que va usted a mediar entre Carranza y Wilson.

Blasco Ibáñez —afónico y acatarrado— apenas puede hablar ya... Se trata desde luego, de una afonía accidental, pasajera... Dos horas duró nuestra conversación. El cielo plomizo amenazaba tormenta. El frío era terrible.

—¡Demonio, pues sí que sabe usted cosas! Yo me considero capaz de todo. He sido millonario tres veces ¡y volveré a serlo una cuarta. Ahora tengo que ir a *lunchar* con Morgan.

—Abríguese, Blasco.

—¡Oh, sí!

Y el gran escritor, volviendo el rostro a Mr. Suárez, que es inspector de escuelas en Puerto Rico, le grita:

—¡Venga mi gabán de pieles!